

—¡Pero si no es viejo!—replicó Tweedledum más enfurecido que antes—. ¡Es nuevo! ¡Te digo que es nuevo! ¡Lo compré ayer! ¡Mi precioso, mi nuevo CAS-CABEL!

Y aquí levantó la voz hasta convertirla en un verdadero alarido.

Todo este tiempo estuvo Tweedledee haciendo esfuerzos para cerrar el paraguas, metido él dentro. Este episodio tan extraordinario distrajo la atención de Alicia, quien no se preocupó ya del enojado hermano. Pero Tweedledee no pudo conseguirlo en absoluto; al fin se hizo un ovillo con la cabeza fuera, y permaneció echado en el suelo abriendo y cerrando la boca y sus grandes ojos, «como un pez», según pensó Alicia.

—¿De manera que estás de acuerdo en que peleemos?—preguntó Tweedledum algo más sosegado.



—Supongo—repuso Tweedledee, saliendo de debajo del paraguas—que es el único medio que nos puede ayudar a resolverlo. Eso tú lo sabes tanto como yo.

Y los dos hermanos, agarrados de la mano, se internaron en el bosque, volviendo al poco rato cargados con toda clase de objetos, tales como almohadones, frazadas, manteles, coberteras, cubos de carbón, etcétera.

—Esperamos—dijo Tweedledum—que seas lo suficiente habilidosa para atar cintas y colocar alfileres. Todos estos objetos han sido adquiridos para que de un modo u otro nos los pongamos encima.

Alicia no recordó haber oído en todos los días de su vida alboroto ni estrépito parecidos al que armaron los dos enanos para colocarse encima todos aquellos artefactos, y las molestias que le produjo al atar cordeles, poner alfileres y abrochar botones.

—En realidad, van a parecer fardos de ropa vieja cuando terminen—pensó Alicia mientras le ponía a Tweedledee un almohadón enrollado al cuello «para que no le cortaran la cabeza», según propia confesión.

—Debes estar enterada, sin duda—agregó Tweedledee muy formal—, que lo peor que le pueda ocurrir a uno en una batalla, es que «le corten la cabeza».

Alicia se puso a reír con todas sus ganas, pero se las arregló de manera que pareciese un acceso de tos, temerosa de que lo tomara a mal.

—¿Estoy muy pálido?—preguntó Tweedledum acomodándose el yelmo.

El lo llamaba yelmo, pero tenía todas las trazas de una cacerola.

—Sí, un poquito—repuso Alicia con gentileza.

—Por lo regular soy muy valiente—prosiguió el enano ahuecando la voz—, pero hoy parece que me duele algo la cabeza.